

berto), que cubría diestramente, aunque no tanto que la madre no vislumbrara un secreto, abriéndosele por consecuencia nuevamente la herida que recibió antes de partir de Florencia. Teníanla también inquieta las muchas cartas de miss Mary desde Parque verde, en las cuales se anunciaban males acaecidos en la parroquia y riesgos de puseísmo, que siempre á renacer volvía. Como si eso no fuese bastante para turbar la quietud de mistress Needle, antes de trascurrir diez días desde su llegada, oyó un sábado en el pueblo próximo un solemnísimo toque de fiesta, preguntando en su virtud: —¿Qué pasa?

Respondieronle:—Mañana comienza la misión.

XLII.

COQUETAS Y PISAVERDES.

John, el tosco, el taciturno, el literato, el filósofo, á fuerza de cazar de mentirijillas, se había dejado vencer por la pasión de la caza, de tal suerte, que no parecía el mismo. El factor Pierone y el compadre Domingo habíansela inspirado. Mistress Needle tenía, pues, el placer grande de oír á John agitarse muy temprano por la cámara, tirar luego la gran cadena de

portal, y echar á corer antes de que amaneciese. A veces á media mañana espíabalo, teniéndolo las persianas entreabiertas, sólo por el gusto de verlo volver cargado de trampas, con ocho ó diez palos dentro, que le habían servido para cazar pájaros. Julia, burlándose, lo mostraba con el dedo, y decía:—Os quejais de que tiene mucho de oso, y me parece que lo transforma Italia en un Cupido. ¡Miradlo, ágil y ligero como si tuviera alas, y con aquella especie de carcax lleno de saetas!

—Sí, respondía la Needle: es un Cupido completo; mas no de los que cantan los poetas, sino más bien de los que se pintan en las pantallas.—

De todas maneras, John dedicaba una gran parte del día á cazar pájaros, y no iba ciertamente á ver á sir Roberto Smith; tal era el deseo más vivo de la madre recelosa. Lo veía partir con dichos dos brazos campesinos, de los cuales llevaba uno el mochuelo y otro un palo; habían ido á esperarle ambos en el jardín. Llegaban desde allí al cerco donde el límite de un gran bosque confinaba con otro de matorrales y de viñedos. Escogía John el lugar y plantaba el palo á su modo, rodeándolo de palitos con liga, fijos en tierra, y

un poco oblicuos de arte que pudieran descansar los pájaros en ellos. Colocado después el mochuelo en el trono, escondíase en un espinal, ó bien los compañeros le construían con hojas un césped postizo. Idos sus maestros, poníase á esperar con paciencia la presa; y raramente sucedía que, por el fastidio de ver pronto el fruto de sus habilidades, sacase un librito que llevaba en el bolsillo del pecho. La mayor parte de las veces encantábase así mismo, contemplando el mochuelo y su mímica natural, que al parecer fascina mucho á otros pájaros necios; sobre todo á las curujas, á los pinsones, á las tordellas, á los grajos marinos y á otros infelices pajaritos, que al oír el grito del animal, se acercan de rama en rama dando un saltito cada vez, á fin de conocerlo, estudiarlo y tenerlo propicio, hasta que, puesto el pié incautamente sobre un palito con liga, quedan presos en él, así como enviscadas sus alas, no bien las agitan, abandonándose por muertos y dando en tierra con todo su peso. No bien John veía en el suelo á cuatro ó cinco, no sabía resistir el deseo de cogerlos y llevárselos á casa; era tan verdadero y triunfante pajarero como an-

tes había sido cazador falso é infeliz. Por el mochuelo le dieron un día una solemne lección al conversar con las señoras. Una mañana muy temprano, habiendo oído Julia la santa Misa en el oratorio de la casa de campo, la marquesa Lauri tuvo ganas de ir con ella para sorprender al joven en medio de su diversión. Habiéndolo saludado en voz baja, sentáronse cerca de un césped, rogando al cazador que no abandonase su sitio, porque habían ido á fin de gozar de la caza. Naturalmente, el ruido de sus vestidos ahuyentó entonces á los pájaros, y sólo podían ver al mochuelo. Dijo la marquesa á Julia:—Ignoro por qué á las mujeres, por cualquier cosa, nos llaman coquetas, comparándonos con aquel animal sin gracia que no se puede mirar. ¿Qué puntos de semejanza tiene con nosotras?—

Julia se contentó con sonreír quedamente: la marquesa no era tan inocente que no comprendiera la razón. El joven se volvió, aunque nada le decían, y un poco disgustado por lo sucedido, repuso:—Por sus actitudes pesaliñadas que toma la vestia: vedlo, señora.—Y habiendo dado un tirón al bramante, hizo que volviera el animal á

subir al palo. Mas en aquel instante, habiendo advertido su poca finura, procuró encubrirla, y dijo:—Vos no sabeis comprender la semejanza porque ni siquiera imagináis un acto poco fino.

Repuso la marquesa: —¿Qué decís? ¿Somos nosotras las únicas que hacemos monadas? Yo creo que los jóvenes las hacen mejor todavía....

—No ciertamente el señor John, añadió la joven á su oído, y con una sonrisa picaresca.

—A nosotras, continuó doña Paulina, nos llaman coquetas, porque, según dicen, estamos todo el día componiéndonos: traje de mañana y traje de día, traje de recibimiento y traje de tertulia, traje de ciudad y traje de campo. ¡Muy bien! Pero ¿no hacen lo mismo en todas partes los jóvenes presumidos? Ciertamente veo con frecuencia pisaverdes adornados y compuestos, que deben, de seguro, pasar largas horas consultando en el espejo el nudo de la corbata y la dirección que deben dar á sus bigotes. Vedles plantados en un paseo público, y decidme si son ó no mochuelos que se colocan sobre el palo; multitud de inclinaciones, y reverencias y miradas de soslayo aquí y allá; ponen en movimiento

los anteojos y los lentes, y siguen con la vista, y cazan á las urracas: aún no ha pasado un coche lleno de señoras, cuando ya se cuentan mutuamente las historias y hacen sus comentarios

—¡Misericordia! exclamó John. Debeis ser tan terrible en la ciudad, marquesa, como sois benigna en la casa de campo. ¡Ay de mis costillas, si os encontrase en paseo! Dios sabe cuántas cosas descubriríais de mí, que ni siquiera se me habrían ocurrido en sueños.

—Vos, señor John, replicó la señora devolviéndole el cumplido de poco antes, no debeis temer mi *terribilidad*: apuesto á que ciertas cosas ni siquiera las advertís: sois demaciado ilustrado y abstraído. Sin embargo, basta abrir los ojos para verlas. ¡Oh! ¿Nunca os encontrais por casualidad con aquellos pisaverdes brillantes desde la cabeza á los piés, y tan ataviados que diríase los conservan en los escaparates? En su rostro se lee su profesión del galanteo, y sus inclinaciones á espiar neciamente: hauen el zángano aquí y el holgazán allá. Van agitados, moviéndose á compás y mirando de continuo su traje; se cogen con las uñas un pelito que ha caído en su manga, como si buscasen lo que no quiero de-

cir; se componen los puños de la camisa, y se arreglan el botón de la pechera, se atuzan el pelo, se retuercen los bigotes, y se colocan el pañuelo en el bolsillo del pecho, de manera que lo que sobresale deje ver la corona condal bordada en él. Esta corona es su parte flaca, la llevan en el dedo, en los botones de la camisa, en el alfiler de la corbata; la llevan sobre las piernas, en la manta atigrada cuando van en calesa, queriéndola grandísima y de color chillón, á fin de que la vean a cien millas. Al contemplarlos, todos dicen que su actitud es la de inquirir á quien cortejar, en defecto de otras, para cortejarse á sí mismos. Ahora bien, señor John, decidme: ¿no es esto coquetear más y mejor de lo que lo sabemos hacer nosotras, pobres mujeres?

—¡Pis! dijo John; ¡qué anatomía! No sé cómo nunca me había fijado en tal cosa.

—Pues bien; cuando vayais á Florencia, dad una vuelta desde la calle Martelli hasta la de Cerretani, como también una carrera delante del café Doney, hasta llegar al puente de la Carraia, y llegaos así sucesivamente al fondo de las Cascinas; sabreis lo que pasa. Escoged la hora del paseo.

Aunque van tonteando los referidos todo el santo día, aquella es la hora del reclamo. También se les encuentra en las tertulias. ¡Precisa oírles! Peroran con los puños de los bastones, así como hacen estudios sobre las golillas, sobre los figurines y sobre los sombreros de última moda. Cuando se eleva más, recitan un pedazo de *periodicucho* leído poco antes en el café haciendo recaer presto la conversación sobre la ópera y el teatro diciendo, v. gr. que la señora A. estaba en la galería de la Pérgola; que la señora B. cantó la cavatina en la tertulia C.; que llevaba un traje color de rosa, y una flor en el pelo: en suma, los galancetes varones saben coquetear más que las coquetas femeninas.... Yo me digo á veces á mí misma: ¡pobres padres! tanto desvelarse para meter cuatro letras en estas calabazas de viento, y atronarles las orejas con la física, con las matemáticas, con la historia y con todo lo demás; y luego ver como crecen estos hermosos niños, inútiles para sí y fastidiosos para sus semejantes....

Julia, que hasta entonces había callado, quiso cortar la conversación, que ya era poco agradable, y dijo interrumpiendo á la marquesa:— Señor John, apuntadlo en

vuestra cartera; hubiérais recibido una gran lección si fuérais de aquellos.

El joven se alzó de su lugar, y dijo:—Si fuese de aquellos no podría caer bajo un pincel más inexorable que el de la señora marquesa.—Y luego añadió á esta:—¿Tanto abundan en Florencia los originales?

—Los hay á montones y á carretadas; pero nunca logramos el privilegio exclusivo: el género se multiplica en Turín, en Génova, en Milán, en Roma, en Nápoles, y un poco en todas partes. Vos lo encontrareis en los *dandys* de Hyde Park, en Londres, donde superan á todos.

—¡Cáspita! ¿Aun allí los hallásteis? Sabéis que me asustásteis? Vamos, marquesa, si os ofrezco el brazo para volver á casa, ¿me tomareis por un prófugo de Hyde Park? ¿No me describireis otro día?

Sonrió la marquesa Lauri, y dando el brazo á John, encaminóse al jardín de su casa, riéndose Julia ocultamente, y más todavía la madre del joven, cuando Julia le contó el varapalo que su hijo acababa de recibir.